

## VISIONES DE CIUDAD

El Síndico de Cuentas del Principado de Asturias, Antonio Arias, inaugura hoy para LA NUEVA ESPAÑA una nueva sección, "Visiones de ciudad". En ella, cada domingo, distintos personajes vinculados a Oviedo ofrecerán sus

puntos de vista, análisis, problemas, soluciones o relatos vinculados a su ciudad. En esta primera entrega, Antonio Arias ofrece un recorrido sentimental por el barrio de Pumarín, ligado a sus años de infancia y

juventud, que es también una reflexión sobre las circunstancias económicas y sociales del Oviedo de los años sesenta y setenta y de las grandes diferencias que presenta frente a aquí y ahora de la ciudad.



La Fuente de Pando, fotografiada la semana pasada. | MIKI LÓPEZ

## El Oviedo de la fuente de Pando

Un repaso social, económico y personal a la evolución del barrio de Pumarín a lo largo de las décadas de los sesenta y setenta



**Antonio ARIAS RODRÍGUEZ**  
Síndico de Cuentas del Principado de Asturias

Oviedo, como el resto de las ciudades, es la suma de varios oviedos. Aunque hay una tendencia creciente a la uniformidad y despersonalización de los barrios, cada zona tiene su peculiaridad, sus diferencias. Un espíritu distintivo que se ha ido conformando con el paso de los años.

La década de los 60 supuso para toda Asturias un importante crecimiento. La autárquica economía nacional se transformaba poco a poco, siempre bajo el corsé del régimen franquista. Los arrabales de las ciudades comenzaron a poblarse con nuevas edificaciones y calles sin asfaltar. Era el precio del desarrollo. No nos pongamos sentimentales que era un precio justo. Las ciudades han sido fuente de oportunidades y el principal foco de innovación que han conducido al crecimiento económico y al desarrollo social.

El barrio ovietense de Pumarín (así llamado por su origen en pequeños campos poblados de manzanos) fue un ejemplo de aquellos tiempos: lugar vivo de clase obrera, donde los nuevos e impersonales edificios iban ganando el terreno a las casas antiguas de una o dos plantas, que paulatinamente desaparecían con la expansión.

Era la época del pluriempleo porque con el sueldo del primer empleo no daba para vivir, donde muchos adolescentes trabajaban y entregaban su jornal en casa, que la madre administraba con autoridad.

Los colegiales acudíamos andando a lejanos centros escolares. Muchos de mis amigos caminaban encantados dos veces diarias el trayecto -ida y vuelta- al Colegio Loyola distante dos kilómetros del barrio, como el Hispania -hoy sede del colegio de arquitectos, junto al Campillín- o el San Isidoro, hoy sede del Colegio de abogados, junto a la Catedral. Con tanto "deporte" nadie parecía echar en falta zonas verdes. Los lentos (o inexistentes) instrumentos de planificación urbana de esa época permitieron sobrevivir largos años a bastantes solares donde jugar a la pelota horas y horas. O donde pasear perros sin collar, sin correa y sin tener que recoger los excrementos. La cercanía del Naranco (la Cuesta como lo denominaban coloquialmente nuestros abuelos) permitía el esparcimiento de quien no quería acudir al centro de la ciudad a ver los vanguardistas escaparates de la calle Uría.

Al final de la zona urbanizada se encuentra la fuente de Pando, que aporta desde hace siglos agua mineral muy valorada por los vecinos, a quienes puede verse todavía hacer cola para llenar botellones. Una fe excesiva en sus pro-

piedades, desde mi escéptica opinión, en vista de la edificación actual del entorno. Un monumento de cantería, rodeado de un banco corrido de piedra donde descubrí el primer cigarro y el primer beso, donde las pandillas de la época recalaban al atardecer, con algún tocadiscos o radio. Cuántas conversaciones y confidencias habrá escuchado este monumento con el paso del tiempo.

La década de los 70 trajo al barrio dos importantes "salas", símbolo de los nuevos tiempos. Por una parte, el Palladium, cine de arte y ensayo con proyecciones que los pocos adolescentes que lográbamos pasar no entendíamos, más fascinados por ver algún desnudo que por la circunstancia interpretativa del "mensaje". Con el tiempo fuimos comprendiendo alguna cosa más. Sería injusto hablar de la transición política en Asturias sin homenajear aquellas iniciativas de sus promotores y de la Extensión Universitaria que la apoyó con descuentos para los estudiantes.

Otra nueva "sala" fue la discoteca Brujas (hoy Estilo) donde se amontonaban los jóvenes con pantalón de pata de elefante en busca de chicas en tiempos en que se sacaba a bailar mientras bolas de colorines con música disco aturdían bajo el trasiego de cubatas. Con ello la fuente de altercados estaba servida, pero también estaba próxima la solución, con un Cuartel de la Guardia Civil cuyo viejo alzado y presencia surtía efecto apaciguador, y frente al cual transitaban por entonces los Seat 600, los 850, los 124... o sea un bingó de vehículos que no pasaban otra ITV que el amigo manita que conseguía que no se pasase.

Pero no todo era fiesta, porque próximo estaba el Colegio La Inmaculada, con sus chicas de uniforme azul marino, vigiladas por monjas, y que salían de los muros del colegio en pos de los sueños de príncipes azules. Y, cómo no, la Parroquia de San José de Pumarín, donde los domingos debían desfilar las familias al completo.

Otras salas muy frecuentadas eran los recreativos con billares, máquinas de bolas (pin-balls) y los maravillosos futbolines en dura rivalidad frente rufianes y desocupados de la época. Hoy, los chavales compiten desde el sofá del salón al fútbol virtual frente a aficionados del otro extremo del

**La señora Pilar vendía todo tipo de chucherías y también cambiaba cuentas por un modesto precio**

planeta, en pantallas de alta definición con jugadores que bien parecen reales. En plena expansión de la industria de los videojuegos, de los teléfonos inteligentes y de las redes sociales, nos evocan verdaderas piezas de museo, como las máquinas de discos que amenizaban el local entre los ruidos y el jaleo. Eran las tecnológicas punteras de una época no tan lejana, tan sólo cuatro o cinco décadas.

En "la economía de la identidad", George Akerlof (premio nobel en 2001) explicó las decisiones individuales como resultado de pertenencia a un determinado grupo, sociedad o nación. Se-

ría interesante comprobar cómo habrá influido aquel estilo de vida en mi generación, en muchas decisiones individuales que sus autores tomaron porque creían sensadas y razonadas, cuando en realidad son emocionales fruto de su trayectoria vital.

Pero permítanme terminar con dos recuerdos, entre muchos de aquellos años. Por un lado, los numerosos bares y tabernas, donde los chatos y las sidras con pincho de tortilla eran el lujo del trabajador, sin necesidad de máquinas tragaperras y un lugar donde leer LA NUEVA ESPAÑA. Por otro lado, en una desvencijada casa de planta baja en la avenida de Pando, la anciana señora Pilar vendía todo tipo de chucherías (incluidas las inolvidables pastillas de leche de burra), de revistas y también "cambiaba cuentas" por un modesto precio. Una práctica habitual en otros muchos lugares, que nos permitía una vez leído un tebeo (hoy diríamos cómic) o una novela gráfica, canjearlo por alguno de su fondo usado y ponerlo en circulación para que otro chaval hiciera otro tanto. El asunto obligaba a no deteriorar en demasía el producto -que tendría difícil salida- y nos permitía a los adolescentes leer cientos sino miles de ellos.

Edward L. Glaeser, profesor de economía de Harvard ("El triunfo de las ciudades") afirma que cualquier ciudad, por pequeña que sea, está dividida, de hecho, en dos: la ciudad de los pobres y la ciudad de los ricos. Nacer y vivir en la primera fue muy divertido, sobre todo gracias al ascensor social que en aquel momento significó la universidad. Hoy no diría lo mismo, pero eso es otra historia.